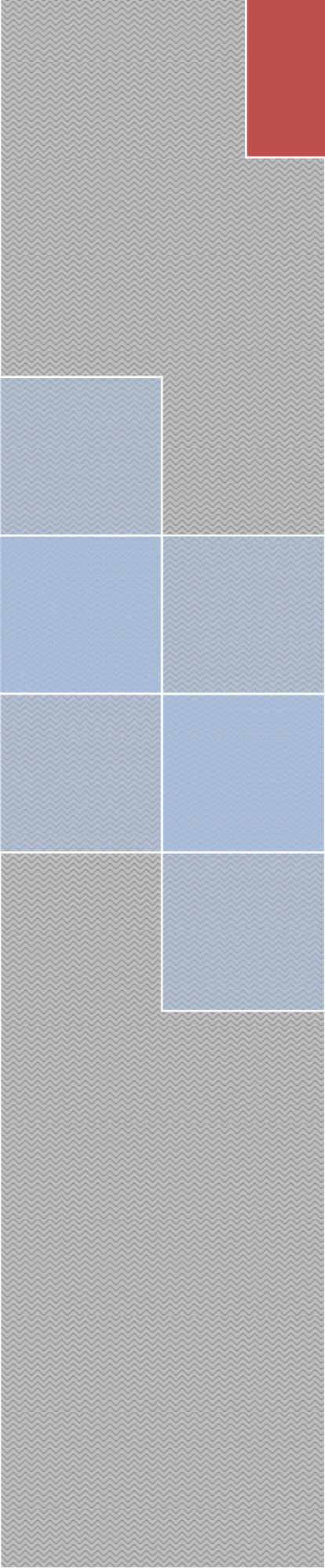




ARQUITECTURA E IDEOLOGÍA



Estudiante:

LORENA CARDONA MARÍN

Seminario de economía, política y ambiente:

IDEOLOGIA Y PROCESOS URBANO REGIONALES I

Impartido por:

MTRO. JAIME IRIGOYEN CASTILLO

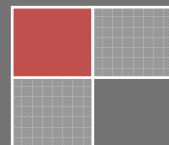
Programa:

MAESTRÍA EN ARQUITECTURA

CAMPO DISEÑO ARQUITECTÓNICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MAYO 28 DE 2014



CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
SOBRE EL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA.....	2
La ideología desde el pensamiento marxista.....	5
Las aportaciones desde el psicoanálisis y los semiotistas	9
LA ARQUITECTURA COMO IDEOLOGÍA.....	12
La arquitectura de la ciudad global: el objeto arquitectónico como mercancía.	13
La arquitectura como forma de control social.....	15
CONCLUSIÓN.....	17
BIBLIOGRAFÍA.....	17

INTRODUCCIÓN

Inmersa en la problemática de la significación de los procesos arquitectónicos, así como de los objetos producidos por dichos procesos, entiendo a la ideología como esta condición que los detona. El propósito del presente ensayo es realizar una reconstrucción del concepto de ideología desde la teoría desarrollada por diferentes autores y escuelas de pensamiento, para posteriormente hacer una aplicación de dicho concepto a los procesos urbano-arquitectónicos contemporáneos; es decir analizar el papel que juegan las ideas en la concepción y producción arquitectónica actual.

Para esto el ensayo está dividido en dos partes: en primer lugar se presenta un análisis sobre el concepto de ideología y su evolución, tomando como referente los textos de Cassigoli y Villagrán, titulados: *"La ideología en sus textos I y II"*, que fueron parte de la bibliografía del curso, y de los cuales se seleccionaron a título personal algunos autores como los precursores, Marx y Engels, los historicistas, la escuela de Frankfurt, los freudomarxistas y los semiotistas, que a mi juicio realizaron las más importantes aportaciones a dicho concepto. La segunda parte del ensayo corresponde a una reflexión crítica apoyada en los textos de algunos arquitectos y filósofos contemporáneos, sobre la relación entre ideología y arquitectura, en la que se presentan dos ejemplos o dinámicas que evidencian como hoy en día la arquitectura deviene en objeto ideológico.

SOBRE EL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA

Uno de los objetivos principales del seminario fue hacer una reconstrucción histórico-lógica del concepto de ideología; para esto, se realizó un estudio diacrónico partiendo desde sus primeros esbozos planteados por los llamados precursores, pasando por el marxismo, los relativistas, los estructuralistas, las propuestas desarrolladas desde las ciencias sociales por la escuela de Frankfurt, y finalmente las aportaciones realizadas desde el psicoanálisis y los semiotistas. A partir de este análisis, he retomado las nociones planteadas por algunas de estas corrientes, para construir con esto mi propia visión de la ideología.

En primer lugar abría que identificar que *el concepto de ideología parte de su relación con la formación de las ideas y con el acto de pensar*. ¿Qué cosa es pensar?, para Destutt de Tracy pensar consiste en verificar una multitud de impresiones, modificaciones y maneras de ser, que acontecen en nuestro interior y que comprendemos bajo la denominación de ideas o percepciones, las cuales se refieren a todo aquello que sentimos (conjunto de sensaciones o sentimientos). Pensar es lo mismo que sentir y pensar o sentir es la misma cosa que existir; las ideas están formadas por las sensaciones, por los recuerdos o ideas anteriores, por las relaciones con otras ideas previas y por los deseos; de esta forma, la facultad de pensar contiene las cuatro facultades de la sensibilidad, la memoria, el juicio y la voluntad, que para Destutt de Tracy conformaban los elementos de la ideología. Partiendo de esto, en una visión muy general la ideología sería vista inicialmente como *el conjunto de ideas sobre la realidad*; el mismo Destutt de Tracy fue uno de los primeros en identificar la ideología como “*la ciencia de las ideas*”, que estudiaba su carácter, su origen y las leyes que las rigen.

La ideología estuvo situada originalmente en un interés personal: del suceso o del acontecimiento exterior se pasaba a la manera como el ser humano captaba las cosas (formación de percepciones e ideas) todo dentro de un proceso psicológico individual; sin embargo, mas adelante esta se vinculó estrechamente con las necesidades de la vida social, pasando del interés del individuo al interés del grupo. Partiendo del hecho de que las ideas nunca son independientes de lo social ya que ellas tienen como función lograr la cohesión de la sociedad, la ideología fue derivando de un proceso de interacción entre dos nociones básicas: las ideas y como estas se forman y desarrollan, y las prácticas sociales. En este sentido, se podría argumentar que la ideología hace referencia entonces a *la manera como se organizan las ideas para dar soporte a la estructura de una determinada sociedad*; busca analizar el papel que juegan las ideas a partir del sujeto que conoce y el objeto

conocido, cuya función social es la conservación del sistema, o por el contrario su transformación o restauración.

Ahora bien, adicional a esta función social que va apareciendo dentro del concepto de ideología, se identifica otro elemento sobre el que se asienta la mayor parte de su desarrollo posterior tanto teórico como práctico: *la ideología podría considerarse ante todo como una forma de pensamiento acrítico*. Desde las primeras aportaciones realizadas por los precursores hay un concepto que se antepone al de ideología y que funciona a manera de criterio preliminar, este es *el prejuicio*. El prejuicio es algo que se emite sin juicio, previo a la experiencia; de acuerdo al propio Holbach el ser humano de generación en generación es invadido por toda clase de opiniones externas que influyen en él y dan lugar a la construcción de juicios precipitados sobre una cosa u otra, son ideas vagas y difusas que carecen de cualquier tipo de razonamiento y que son alimentadas por su propia inexperiencia y por el capricho de aquellos que lo guían y le impiden con esto llegar a la verdad, manteniéndolo así en un estado de ignorancia y dominación.

Mientras que para Helvetius estos errores y falsos juicios provienen principalmente de las pasiones, la ignorancia y el abuso de las palabras, como circunstancias no inherentes al espíritu humano sino adscritas a causas sociales; Francis Bacon interpreta los prejuicios como *ídolos* que distorsionan la percepción de los humanos, a los que nombró ídolos de la tribu, de la caverna, del foro y del teatro, los cuáles a su vez se podrían relacionar con los sentidos, el conocimiento, el lenguaje y las estructuras sociales respectivamente. Para ambos autores los humanos son seres cómodos, propensos a creer, supersticiosos, arrogantes y torpes; por lo que dichos prejuicios o ídolos son una especie de reacciones mecánicas que se aprenden en nuestro discriminar de información para "evitar pensar", y así poder actuar con base en ciertos códigos preestablecidos.

De acuerdo con lo anterior, los prejuicios no son otra cosa que la verdad o falsedad instaurada en el espíritu del hombre sin ningún tipo de examen o postura crítica previa, que limitan su capacidad de pensar, de experimentar por sí mismo y de formar su propia opinión sobre las cosas; en otras palabras de conocer. El prejuicio genera entonces la formación de dogmas, principios innegables que no admiten réplica y que no están sujetos a pruebas de veracidad; los dogmas son un primer intento de la formación ideológica, como pensamiento sin crítica que impide al individuo analizar sus propias condiciones de existencia llámese tanto materiales como espirituales.

Los prejuicios están a su vez relacionados con lo que Marx identifica como “*el proceso de cosificación de las ideas*”. Marx criticaba al idealismo hegeliano por el involuntario proceso de cosificación que imponía a las ideas: las ideas cobran realidad y adquieren una entidad propia e independiente, y es a partir de estas ideas cosificadas donde se explica el desarrollo histórico y social, y donde se encubre el verdadero ser del hombre (el hombre concreto y real es velado bajo una abstracción). Para Marx cuando se eleva la idea a condición de cosa esta se vuelve injustificable y se da por hecho; esto trae como resultado una forma genérica de pensamiento (pensamos con la misma función de no ver con claridad las contradicciones sociales), una creencia injustificada en ciertas ideas derivada de una carencia argumental. Esta aprehensión de ideas cosificadas y de juicios previos, da lugar a otro elemento que se añade al concepto de ideología como *escisión de la conciencia*. Tener conciencia de algo, supone tomar posesión de las propias ideas a partir de la razón y de la propia experiencia; sin embargo Marx ordena el pensamiento de la ideología, presentándolo como una relación de una clase que no está consciente de sí misma y sirve a los fines de otra que la domina. En este punto la ideología empieza a tomar un carácter negativo como instrumento de control y dominación social, cuya función práctica es la de preservar el orden social establecido (dominante).

A partir de esta condición, aparece el concepto que Marx y Engels desarrollan de *la ideología como falsa conciencia*. De acuerdo a Marx, existe una tendencia humana a falsear la realidad en función del interés, se construye así una identidad ficticia como forma de vivir y valorar una realidad construida al margen de ella misma. La ideología deja de ser entonces ese conjunto de ideas sobre la realidad y pasa a regirse por una relación bidireccional entre el conocimiento y el interés que produce una distorsión de la misma, como consecuencia de una razón instrumental y de un conocimiento interesado. La ideología se convierte así en la expresión de una conciencia falsa que no es capaz de comprender la realidad social, una conciencia deformadora, productora de formaciones nebulosas en las que los procesos reales de la vida de los hombres aparecen invertidos. Tal como lo plantea Marx, la ideología no es un fenómeno burdo de falsedad, sino que implica una inversión de términos, una inversión del orden lógico de las ideas que corresponde a una posición social determinada a partir de la cual no es posible un conocimiento verdadero.

En este sentido, se podría decir que la ideología hace referencia a *un estilo de pensar y organizar las ideas, a una manera de ver el mundo que esta invertida: una conciencia invertida*, inculcada por intereses que buscan motivar el comportamiento de los individuos, que los aleja de lo real y los integra a una dinámica que no representa del todo sus intereses. Asimismo, se podría decir que la

conciencia se opone a la ideología, es un parteaguas crítico capaz de llevar al individuo al conocimiento y a la verdad, y capaz de generar una transformación de la realidad. En este punto, se pensaría entonces que la verdad y el conocimiento real siempre ha sido y será una necesidad humana; sin embargo, el hombre solo podrá acceder a ello y transformar su realidad económica, social y espiritual cuando se desgarre el velo de los prejuicios y de la falsa conciencia; cuando se desenmascare a los impostores que tienen el poder y controlan sus pensamientos, y cuando finalmente tome conciencia de su propia condición; en otras palabras, cuando se libere del yugo que le impone la ideología y tome posesión de sus propias ideas y actos.

La ideología desde el pensamiento marxista

La primera aparición en Marx del término ideología está ligada a la *crítica al idealismo hegeliano*. El idealismo trata de explicar la realidad a partir del desenvolvimiento de las ideas, la crítica de Marx ante esta postura se sintetiza en dos aspectos: en el proceso de cosificación de las ideas y como consecuencia de este, en la visión del hombre como un ente abstracto. Frente a la filosofía metafísica de Hegel, los discípulos hegelianos levantan una *filosofía crítica de las ideas* para liberar con esto las ilusiones metafísicas de la primera; sin embargo, para Marx dicha postura no alcanza a llegar a la raíz del problema, ya que considera que la transformación del hombre no depende únicamente de los cambios mentales (transformación de la conciencia), sino que además es necesario cambiar al hombre mismo, en sus relaciones concretas y en su realidad social.

En este sentido, el concepto de ideología en Marx aparece en primera instancia como una *creencia injustificada*: un estilo de pensar no justificado racionalmente como crítica al idealismo hegeliano y en segundo lugar como conciencia invertida de la realidad: una *falsa conciencia*. Sin embargo, para el mismo Marx una forma de pensar solo puede ser invertida en relación a otra forma de pensar que sea correcta; así como para poder afirmar que una conciencia es falsa, se necesita demostrar que no corresponde a la realidad; por tal razón, él acompaña la definición del término ideología al mismo tiempo con la construcción de un *pensamiento no ideológico*, un pensamiento en el que los hombres no son seres abstractos, sino por el contrario seres concretos inmersos en relaciones sociales. Esta manera de ver contraria (no ideológica) corresponde a un saber de lo real basado en el conocimiento científico, una propuesta que queda sintetizada en el *Materialismo histórico*.

Toda la teoría de Marx se basa en el llamado *Materialismo histórico*, o concepción materialista de la historia, a partir de la cual se buscaba dar una explicación de la historia del ser humano poniendo

en la base del proceso las relaciones de intercambio material entre los hombres. De acuerdo a Marx, el conjunto de las relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, que constituye la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social (Base productiva: base material + ideas + estructura jurídica). Para el marxismo el modo de producción de la vida material condiciona pues el proceso de la vida social, política y espiritual del ser humano; en este sentido, el problema de la ideología se explica como un reflejo de las relaciones de producción, ya que las condiciones económicas se manifiestan e influyen en toda la superestructura de la sociedad.

Con base en esto, se podría pensar que el aporte más significativo que hace Marx frente al concepto de ideología esta en identificar como *en toda época siempre ha existido y existirá un condicionamiento social y económico de las ideas*, ya que estas se convierten en un elemento dependiente de las relaciones contradictorias materiales entre los hombres, de la interacción social entre ellos y de las condiciones sociales y económicas de una determinada época. Gracias a estas aportaciones la ideología pasa a ser entendida como *el conjunto de ideas que explican el mundo en cada sociedad en función de sus modos de producción*, ideas que tienen como argumento una visión invertida de la realidad que deriva en lo que el mismo Marx define como *falsa conciencia*, pues ya no es la conciencia del hombre la que determina su ser y precisa sus ideas, sino por el contrario, es el ser social y específicamente la base material la que determina y conforma su conciencia.

Una de las premisas que Marx profesaba era: *“Ellos no lo saben pero lo hacen”*; mediante esta expresión él hacía hincapié en el hecho de que gran parte del actuar de las personas, está determinado específicamente por las fuerzas productivas del sistema al que pertenecen. La explicación de la ideología se basa entonces en términos de su condicionamiento por las relaciones sociales y de la función social que cumple: ser *un instrumento de dominación y control*. El modo de pensar ideológico lleva a convertir conceptos y valores que solo son aplicables a ciertos tipos de relaciones sociales, en conceptos universales con los que se rige la sociedad y cuya vigencia corresponden al interés de dominio de una clase. Partiendo de esta condición, se pensaría que el papel que juega la ideología es actuar a manera de lubricante para mantener fluidas dichas relaciones de dominación, proporcionando el mínimo consenso social de tal forma que se garantice con esto el predominio de las clases dominantes y del poder político.

En uno de los textos analizados durante el seminario, Marx identificaba que la historia y las ideas parten del trabajo, por lo que para él, la ideología aparece específicamente con la división del

trabajo y la propiedad privada. El trabajo implica una serie de relaciones con el otro, relaciones basadas particularmente en el sometimiento y la dominación entre quienes tienen los medios de producción (el empleador) y entre quienes no los tienen pero a cambio venden su fuerza productiva (el trabajador). El trabajo aparece entonces como una capacidad económica de poseer a otras personas y ponerlos en servicio del beneficio propio; para realizar dicha labor es necesario someter no solo físicamente al otro sino además mentalmente a través de un conjunto de ideas (provenientes de esa clase dominante), que tienen como tarea fundamental ocultar las condiciones de explotación, inequidad y opresión a las que se le somete diariamente.

Esta condición obedece también a lo que Marx identifica como “*el fetichismo de la mercancía*”, que representa el plus-valor que tienen los objetos sobre la base material que los produce. Con esto, Marx sólo está señalando que en toda relación de trabajo existe un excedente de producción que el empleador conserva para sí mismo sin conocimiento de sus subalternos; y es ahí (según Marx) donde las relaciones de trabajo esconden la explotación. El fetichismo es pues el ocultamiento de las condiciones materiales de existencia y de la razón, por medio de una serie de ideas que justifican dicha condición y que evitan que los oprimidos perciban su estado de opresión; ve la mercancía como lo que aparece o como se manifiesta exteriormente (valor de cambio) pero no como lo que es (el producto de un trabajo social). Ante esta situación, la ideología pasa a ser también una forma de ocultación de las condiciones de explotación a las que se somete al hombre continuamente: *las cosas son como son y creemos o damos por hecho que así deben ser, que es la forma correcta, y así vivimos sin siquiera pensar o cuestionarnos de qué forma o por qué todo debería ser diferente.*

Marx, ordena el pensamiento de la ideología, presentándolo como una relación de una clase que no está consciente de sí misma y sirve a los fines de otra que la domina. La ideología se antepone pues a la conciencia; esta al verse encerrada por las relaciones de producción capitalista se torna ideología (como falsa conciencia que no es capaz de comprender la realidad social). Por esta razón, se podría argumentar que la conciencia es un arma que permite poner en crisis la condición dominante y de explotación, ya que permite reflexionar de manera crítica sobre los hechos de la vida real y sobre las condiciones de existencia; todo esto, al darnos cuenta del papel que jugamos en los procesos productivos. Ser consciente, es decir, el ser social, es aquel que es consciente de su condición de clase. La realidad solo se transforma si se comprende; de esta forma, es imposible transformar la realidad y pasar de la necesidad a la libertad si no se es consciente de la necesidad de tal cambio.

Algunos revisionistas del marxismo, buscaron relacionar el concepto de ideología con la práctica, y más específicamente con la revolución socialista a la que pertenecieron. Tanto para el marxismo leninista como para algunos historicistas como Lukács y Gramsci, el pensamiento marxista cumple el papel de ser el instrumento básico para el desarrollo de una conciencia socialista: una conciencia que surge de las luchas de la clase obrera convertidas en prácticas revolucionarias, y el desarrollo de la teoría revolucionaria que las orienta. Su misión es la transformación y esta solo es posible mediante la *vinculación entre teoría y práctica*, entre conciencia y realidad. Para Marx la vida social es en esencia práctica, por esta razón debe haber una relación indisoluble entre teoría y práctica: “*la teoría debe ser la expresión intelectual del proceso revolucionario mismo*”. En este sentido, la práctica transformadora es más que nada una práctica consciente y la conciencia es entonces un elemento decisivo de la práctica, como su componente necesario y como condición previa a toda transformación de la realidad. Es el valor de la práctica revolucionaria (la lucha de clases) como un elemento creativo y transformador de la sociedad, que permitirá tener un terreno parejo para los humanos en general.

A partir de estas consideraciones, se distinguen pues entre los enunciados de la ideología algunas condiciones positivas que generan la emancipación de los individuos y por otro lado unas negativas que simplemente buscan que las cosas sigan como están, bajo condiciones de dominación y explotación. Gramsci concreta esto expresando la distinción entre la ideología como estructura contra la ideología como lucubración del individuo. Es interesante que la discusión acerca de la ideología y sus formas en estos diferentes estadios se centra en la relación entre teoría y práctica, el saber y el hacer, el materialismo y el idealismo y de la imposibilidad de una práctica de explicarse sino es a través de la teoría, así como de legitimar una práctica sin una teoría que la precede. Y es así, como Karl Korsch rescata de Marx, la condición dialéctica aprendida de Hegel que evolucionó en el materialismo histórico, en donde explica que es la lucha de clases la que finalmente ha formado la realidad.

Finalmente también dentro de las aportaciones del marxismo esta la revisión que realiza la escuela de Frankfurt; en un análisis mucho más concienzudo, presenta la ideología como lo opuesto a las pretensiones intelectuales-espirituales del actuar crítico. Uno de los integrantes de esta escuela Herbert Marcuse, explica por ejemplo que la ideología ocupa al ser humano, “*le da sentido a su vida*” a través del trabajo y no permite que busque emanciparse con un orden diferente al económico. Podría decirse que aquí, se vislumbra el goce del que se valen las ideologías para cohesionar a los grupos sociales y así esbozar condiciones prácticas de distorsión ideológica en las

sociedades; la cual a su vez funciona como una especie de metáfora cultural que perfila el hacer a falta de determinaciones materiales. Se presenta entonces una condición dialéctica entre “la privación y la gratificación” dentro de una estructura de comportamiento, al señalar como es que la ideología yuxtapone estructuras con la función de convencer a las personas de escoger la privación sobre la gratificación. Un ejemplo muy claro de esto sería la religión, la cual se enfoca principalmente en crear una estructura paralela del más allá donde “*lo menos es más*”, el pobre es rico y los ricos serán castigados.

Las aportaciones desde el psicoanálisis y los semiotistas

El objetivo principal del *Freudomarxismo* fue conciliar y complementar la teoría marxista con el psicoanálisis; dicha intervención se dio específicamente con las aportaciones de Wilhelm Reich y Erich Fromm. Para la escuela freudomarxista el marxismo era ante todo una teoría humanista cuyo objetivo era el desarrollo de las posibilidades del hombre a nivel físico y psíquico, dentro de su contexto social; sin embargo, consideraba que dicha corriente presentaba un punto débil al limitarse estrictamente al campo de los *procesos objetivos* de la economía y de la política, y al olvidarse por completo de la observación de los *factores subjetivos* de la historia y la ideología de masas, en su evolución y contradicciones. En este sentido, la intervención del psicoanálisis -entendido este como una especie de psicología dinámica que estudia las fuerzas psíquicas que motivan la conducta humana, los sentimientos y las ideas- se concentra en ampliar el conocimiento de uno de los factores más importantes que actúan en el proceso: *la naturaleza del hombre*, se trata de rescatar lo subjetivo, la condición humana, para identificar así como las ideologías o las ideas modelan una determinada sociedad.

El freudomarxismo trajo como consecuencia la concepción de una *psicología marxista*, una psicología social y crítica de la conciencia del hombre, para quien las diversas tendencias e impulsos humanos hacen parte de un proceso de interacción entre sus necesidades y su realidad social. Uno de los objetos de estudio de esta psicología es el *carácter social*, el cual sirve para explicar el nexo entre base material de una sociedad y la superestructura ideológica; la sociedad produce un carácter social y este tiende a producir ideas e ideologías que se adaptan a el y lo nutren. Fromm señala por ejemplo que el carácter social del siglo XX es el del *homo consumens*, hombre cuyo objetivo es consumir para compensar su vacuidad, soledad y ansiedad interior. Se crean nuevas necesidades artificiales para manipular al hombre y consumir se convierte en la fuerza psíquica predominante; así, cuanto más se consume, mas se esclaviza a las necesidades que el

sistema industrial crea y maneja. Otro elemento de estudio de la psicología social marxista es el *inconsciente social*, el cual se refiere a la represión de la realidad interior por medio de un filtro social (ideologías) que no permite que las experiencias humanas auténticas asciendan del inconsciente a la conciencia; así por ejemplo al hombre infeliz de la sociedad industrial se le enseña a pensar que es feliz.

A mi juicio, se considera entonces que la aportación del psicoanálisis a la ideología, está en determinar que lo colectivo es resultado de lo individual. Esto alude específicamente a la construcción de una *conciencia individual* para explicar con ello la *conciencia social*: la ideología además de ser reflejo del proceso económico y específicamente de las condiciones de trabajo, incluye también todas las estructuras psíquicas del ser humano; los aspectos más subjetivos, personales y privados del hombre como sus deseos, instintos, intereses y necesidades, que por sí mismos encuentran una expresión como ideologías.

Adicional al freudomarxismo, otra de las escuelas que también hizo grandes aportaciones al concepto de ideología son **los semiotistas**. Actualmente, la discusión sobre este concepto se encuentra en manos de autores como Umberto Eco, Jean Baudrillard y Michel Foucault, entre otros, que basados en la semiótica discurren sobre la dialéctica entre significado y significante. En el caso concreto de Eco, él retoma la semiología social para estudiar los signos en su desarrollo dentro de la vida social. Para él la ideología pasa a ser el residuo de un sistema semántico, en donde a partir de comandos simples pueden ser recibidas respuestas ambiguas pero altamente informativas que son interpretadas por el lenguaje, y así por la cultura. En este sentido, la existencia de un *sistema semántico como visión del mundo*, genera una serie de pautas que le dan forma a este, las cuales identifican comandos con carácter performativo que se legitiman a sí mismos por su potencia pragmática. En otras palabras, el mensaje se convierte en ideología cuando este oculta en lugar de comunicar las condiciones materiales que debía expresar, generando así una especie de falsa conciencia.

Jean Baudrillard asocia el concepto de ideología con el de *fetichismo de la mercancía* desarrollado por Marx: “*el fetichismo como proceso ideológico*”. La importancia del fetiche radica en el artificio, en el engaño o la fascinación que este ofrece al ser humano, generando en él una falsa conciencia que rinde culto a los valores artificiales. En una sociedad capitalista como la nuestra, dentro de la lógica de la mercancía existe un sistema de objetos/signos que se intercambian simbólicamente y satisfacen necesidades más allá de lo real. Los objetos como fetiche ejercen una

fuerza sobrenatural que aliena el individuo hasta el grado de hipnotización y manipulación, y lo aísla del producto de su trabajo. La fetichización de la mercancía como proceso ideológico, se refiere entonces a ese proceso en el que el producto es vaciado de su sustancia concreta del trabajo y es sometido a una labor de significación, de producción y reproducción de un código reducido al estado de marca. Esto trae como resultado un *fetichismo del significante*; es decir, la presión del sujeto en aquello que del objeto es ficticio, diferencial, cifrado o sistematizado. En otras palabras, *es finalmente la artificialidad y la abstracción del signo lo que se adora y se convierte en ideología; es la reducción semiológica de lo simbólico lo que constituye el proceso ideológico*.

Por su parte Ferruccio Rossi-Landi aborda dos temas muy interesantes para la construcción del concepto de ideología; él considera que *“el objeto principal del discurso es la ideología”*, y para poder situar en el discurso tal objeto es necesario colocarlo junto con *la falsa conciencia y la falsa praxis*, que en conjunto forman una totalidad que corresponde a *la situación humana alienada*. En este punto, es interesante ver como las sociedades nunca están exentas de condiciones alienantes; la alienación es una condición que separa el hombre de la naturaleza e interfiere en establecer relaciones con ella, y si bien, no es posible librarse de ella, en palabras del autor esta presenta un escenario factible donde eventualmente podría remediarse todo lo negativo de la situación humana. Cuando se habla de alienación se habla a su vez de falsa praxis y falsa conciencia o *ideología*; para Rossi-Landi *“la ideología es igual a falsa conciencia o pensamiento y falsa praxis”*. La falsa conciencia es un pensamiento o conciencia que está separado de la praxis, o la praxis separada del pensamiento; de esta forma, la ideología sería entonces un pensamiento que está separado de la praxis y viceversa. Con base en esto, es posible argumentar que solo cuando se logre establecer una estrecha relación entre pensamiento y conciencia y estos a su vez precedidos con la praxis, se podrá eliminar la situación alienada, ya que es la falsificación la que hace detonar dicha condición.

El último de los semiotistas estudiados fue Michel Foucault, que en su ponencia *“La verdad y las formas jurídicas”*, demuestra su preocupación en descubrir cómo es que a través de las prácticas sociales se instauran poderes, y como a partir de ellos se controla al mismo tiempo el saber. Foucault se acerca al problema de la ideología a través del *ritual del discurso*, y de las doctrinas y apropiaciones sociales del mismo; con ello demuestra la constitución de un sujeto de conocimiento a través del discurso, entendido este como el conjunto de estrategias que forman parte de las prácticas sociales. Foucault identifica que la verdad, no solo está determinada por el saber científico, sino además por la sociedad donde se forman reglas de juego a partir de las cuales nacen ciertas formas de subjetividad (ideologías). En este sentido, la ideología se vislumbra como esa

marca de las relaciones políticas o económicas de existencia aplicada a un sujeto de conocimiento que por derecho debería estar abierto a la verdad; *el conocimiento es pues algo manipulado y concentrado con intereses mezquinos, en donde basándose en formas jurídicas se dan relaciones de verdad que prevalecen para las personas.*

LA ARQUITECTURA COMO IDEOLOGÍA

A partir del análisis que en el capítulo anterior se realizó sobre el concepto de ideología, es mi interés en este capítulo presentar una breve reflexión sobre como la arquitectura deviene también en ideología; identificar cual es el papel que juegan las ideas en la concepción y materialización del objeto arquitectónico dentro de la actual sociedad contemporánea.

Bajo mi consideración, la arquitectura es un hecho que refleja en todo momento las condiciones y circunstancias bajo las cuales fue concebida y construida; de allí que los edificios, los espacios urbanos y en general la ciudad son una especie de emisor que transmite el particular mensaje de las ideas con que fueron proyectados. La arquitectura es capaz de comunicar una serie de datos que, en relación con el contexto en la que se encuentra, nos habla de los valores que una determinada sociedad aceptó o acepta y promueve, y que al mismo tiempo son reflejo de una serie de condiciones que a primera vista parecieran ajenas, pero que indiscutiblemente representan, tal es el caso de los procesos económicos y productivos, y de las relaciones sociales que de ellos se desprenden. La arquitectura es pues el espejo material de las circunstancias sociales, políticas, económicas e ideológicas de una sociedad. A partir de estas consideraciones, se han generado en mi una serie de interrogantes que vinculan la ideología con el hacer arquitectónico: ¿que buscamos los diseñadores al diseñar un objeto o espacio?, ¿que nos convence de integrarnos a un sistema de producción arquitectónica que implica la explotación de recursos y personas?, ¿Cuáles son las razones que generan un objeto arquitectónico? ¿Finalmente la arquitectura surge a partir de necesidades o de deseos explícitos? ¿Cómo surgen dichas condiciones?

La arquitectura como actividad artística y creativa supone una idea de libertad; se nos enseña a pensar que es un medio de expresión de nuestros propios ideales y motivaciones, de nuestros pensamientos y de nuestra visión del mundo, que supone siempre un objetivo social, de cambio y mejora de las condiciones habitables del ser humano. Sin embargo, y retomando aquí el legado de Marx sobre el condicionamiento social de las ideas; *la arquitectura no hace otra cosa que reproducir materialmente las ideas dominantes de la sociedad*, que en todo caso obedecen a los intereses económicos y de poder de las clases dominantes. La arquitectura hoy en día abandona su

idea original de servir a las necesidades colectivas de la sociedad para responder únicamente a los objetivos de ciertos renglones de esta, convirtiéndose así en la forma de expresión de su capacidad tecnológica y creativa, y a su vez de su capacidad represiva y excluyente.

La idea de libertad que implica la arquitectura como expresión artística encubre en realidad una *forma de explotación, opresión y control social*. Lo que los arquitectos no sabemos y adicionalmente todos los que de una u otra forma consumimos sus productos, es que nuestra realidad social, nuestra actividad, está guiada por una ilusión, por una inversión fetichista que genera una especie de “*fantasía ideológica*”. Retomando la frase de Marx “*Ellos no lo saben pero lo hacen*”, se podría decir que la arquitectura cumple un papel ideológico, al funcionar como una “máscara” que oculta la realidad o la distorsiona; incluso, en muchas ocasiones pasa que lo que hay detrás de esa máscara ideológica se pone en descubierto y aun así continuamos con esa ceguera mental y espiritual, a lo cual se podría contraponer una nueva frase: “*lo sabemos, y aún así lo seguimos haciendo*”.

Es muy probable que la arquitectura viva cómodamente con esa presencia ideológica sobre su conciencia, que continuamente le recuerda su fracaso como mecanismo de cambio social; tal vez por eso el engaño y la hipnotización de sus formas, de su estética y de sus ofrecimientos son los mejores remedios para lubricar y perpetuar esas relaciones de dominación, de poder y de interés económico que prevalecen siempre sobre ella. La idea que se construye aquí, es definir que *la arquitectura es un elemento ideológico que de muchas formas oculta la realidad y hace que no la percibamos o no seamos conscientes de ella; a través de su arte y de su aparente “labor social” se esconde y además se justifica las condiciones de explotación, inequidad y opresión a las que se somete diariamente el ser humano*.

La arquitectura de la ciudad global: El objeto arquitectónico como mercancía.

La sociedad contemporánea presenta una característica definitoria: un proceso acelerado de cambio en los usos, costumbres, ideales y objetivos, que varían según modas o tendencias artificialmente creadas y que producen una sensación permanente de insatisfacción, angustia y estrés, la cuales derivan en el vacío existencial tanto personal como colectivo. Un vacío que pretende ser llenado con entretenimiento banal, el establecimiento de una cultura consumista, y el sometimiento espiritual y de la voluntad a ciertas actitudes y comportamientos que son dirigidos específicamente

por intereses políticos y económicos. Esta situación como ya se dijo en un principio no es ajena a la producción arquitectónica, convirtiéndose esta en una forma de expresión material de dicha condición ideológica.

Hoy en día estamos en *la era arquitectónica de la ciudad global*. La arquitecta Zaida Muxí define este tipo de arquitectura y de ciudad como aquella que se entiende como una *mercancía cuyo desarrollo está en manos de los empresarios*. El propósito de esta arquitectura es generar espacios internacionales que sean competitivos en el mercado mundial, espacios y formas fragmentadas que quedan rápidamente obsoletas, ya que su vida útil está marcada por la moda y como tal es efímera, y debido a que son operaciones marcadas específicamente por la rentabilidad financiera. La arquitectura de la ciudad global es ante todo el reflejo de la realidad económica y social contemporánea, una sociedad cada vez más autoritaria y discriminatoria, cuyo valores dominantes son la rentabilidad económica y el poder, dejando así subordinados los demás valores como la rentabilidad y sustentabilidad social, ambiental y cultural.

En el urbanismo de empresas, la arquitectura se conforma como elemento de venta, convirtiéndolo en un simulacro, en objeto fetichizado. Aquí la arquitectura entra en un proceso de mutación que pasa de la satisfacción grupal y/o social, a convertirse en producto de consumo y símbolo de poder, cuyas formas y materialidades obedecen a marcas y modas, que funcionan a manera de mensajes publicitarios que venden cierto estatus social. Esta arquitectura viene además acompañada por dos factores fundamentales: en primer lugar un estilo de vida definido por el arquitecto español Josep María Montaner como *Vida basura o slow food*: la calidad de vida tiene que ver con disponer de tiempo y tranquilidad para disfrutarla y la vida basura tiene que ver con el exceso, el consumo (el usar y tirar), la vida acelerada y las sociedades informatizadas. En segundo lugar por una forzosa *rentabilidad del espacio*: la idea de un espacio como lugar donde no hacer nada en términos de consumo, o como lugar de no producción, pierde actualmente su presencia ya que todo tiene que ser económicamente rentable de inmediato y la rentabilidad social cuenta poco. Finalmente como paradigmas de este tipo de arquitectura se encuentran el centro comercial, los barrios cerrados de viviendas y las escenografías metropolitanas de los barrios de negocios, la cultura de lo masivo, lo controlado y lo segregado.

La arquitectura como forma de control social

En el texto de Josep María Montaner llamado *“Arquitectura y Política”*, aparece una expresión que a mi forma de ver sintetiza el papel de la arquitectura como expresión ideológica: *“Todo poder se ejerce arquitectónicamente”*. La organización de la ciudad contemporánea y con ella específicamente la producción arquitectónica, tiene la tarea de salvaguardar el poder de la clase dominante, con este fin, el esfuerzo de todos los poderes se concentra en aumentar los medios para mantener el orden, y lograr el aislamiento y la fragmentación de la población como un medio de control y dominación muy eficaz. La arquitectura vista como forma de control viene expresada bajo dos condiciones: en primer lugar con la supresión de los espacios públicos y en reemplazo de estos, la construcción de nuevos espacios “públicos” dedicados específicamente al consumo y el espectáculo; y en segundo lugar los barrios cerrados y los rascacielos multipropósito, que obedecen a un tipo de urbanismo defensivo.

Entre los *espacios “públicos” de consumo* destacan especialmente *los centros comerciales y los parques temáticos*, lugares que se pretenden ajenos a todo conflicto, derecho urbano, reivindicación o reclamación. Son espacios autónomos con un paisaje interior independiente de su entorno, donde los motivos arquitectónicos están cuidadosamente armonizados para formar con ello una escenografía teatral que incorpora lo simbólico a lenguajes e iconos de puro consumo; son espacios de fantasía que estimulan la imaginación, lugares para vivir más cercanos a un decorado de película feliz, utópica y sedada, que a la verdadera realidad y diversidad urbana. Este tipo de espacios funcionan a manera de replicas o simulacros donde se escenifica el espectáculo en el que se ha convertido la experiencia cotidiana, no encarnan visiones de lo ideal sino que colman fantasías pedestres. Muxí y Montaner, concuerdan en que estos espacios “públicos” implican un *control sobre la vida personal*; la expresión de la individualidad y la diferenciación, quedan coaccionadas por el control abusivo y los decálogos de comportamientos y conductas que imponen dichos espacios a sus usuarios. De esta forma las seducciones y las manipulaciones de estos centros nos hacen creer en un mundo de sueños, donde el orden prevalece dentro de un contexto de caóticas diferencias.

Para el filósofo español José Miguel Cortés este tipo de arquitectura trae consigo una *“mercantilización de las experiencias de la vida por medio del consumo y el entretenimiento”*. Así la gente es socialmente integrada y seducida mediante la dependencia del mercado, el consumo y los lugares donde se lleva a cabo, convirtiéndose así en estructuras que canalizan el

comportamiento y la conducta de las masas, y en elementos fundamentales para el mantenimiento del orden social. Finalmente, estos espacios al conseguir que se interioricen las normas y hábitos de comportamiento y al excluir la diferencia, generan una amplia ilusión de libertad y tranquilidad al individuo con la que se construye una especie de fantasía ideológica.

El otro tipo de *arquitectura-control* esta expresada como se dijo anteriormente en el *urbanismo defensivo aplicado en los barrios cerrados y las lujosas torres multifunción*. El control arquitectónico de las fronteras sociales se ha convertido en el verdadero espíritu de la reestructuración urbana, la seguridad residencial y comercial ha conseguido reemplazar las esperanzas de cualquier revolución hacia la integración social. Las clases altas levantan muros para intentar salvar su mundo de exclusividad, lujo y comodidades, frente a los otros que quedan excluidos y discriminados. La tendencia arquitectónica actual es a construir verdaderas *fortalezas urbanas*, cuya propuesta es *vivir en una burbuja* que adquiere variadas formas y usos pero que consiste básicamente en espacios simulados y protegidos, con toda la tecnología aplicada al control; lugares de acceso restringido que tienden a la exclusión de los extraños y a la selección de sus pobladores, donde se ha eliminado lo incierto y lo imprevisible.

Esta arquitectura-control, busca construir una ciudad simulada, una ciudad de iguales, que separa al extraño, al otro (que ni posee ni consume) y que se convierte en elemento peligroso. Zaida Muxí llama a estos espacios “*simil-ciudades de felicidad controlada*”, donde se representan situaciones de algo que puede imaginarse que fue, basado en referencias de imágenes que la publicidad invoca y legitima para que nos sintamos en un lugar conocido y por tanto seguro. En esta arquitectura el elemento ideológico se expresa entonces en la falsedad de una sociedad igualitaria, en la ficción creada mediante una falsa variedad que esconde una homogeneidad social estéril, fácil de manipular y de dirigir. José Miguel Cortés considera que estos espacios consolidan nuevos rituales que generan pautas de conducta; la seguridad de este tipo de arquitectura defensiva y excluyente se paga con una falta absoluta de intimidad, con la pérdida de la libertad y con la ausencia de privacidad del individuo. Pues no solo las entradas, salidas y desplazamientos están vigilados, sino que también están controladas las formas de vida, y los comportamientos personales, que deben ser acordes a los que la mayoría consideran pertinentes.

CONCLUSIÓN

Es interesante llevar este análisis del concepto de ideología al que hacer arquitectónico y vislumbrar con ello como la arquitectura se convierte en sí misma como una forma de expresión ideológica, cuyos modos de concepción y producción conllevan a la explotación, la dominación y el control de ciertos sectores de la sociedad a favor de los intereses (económicos, políticos y sociales) de las clases dirigentes.

En los diferentes estadios de la producción de lo arquitectónico, ya sea en la fase del diseño, en la obra, en la venta y promoción, y hasta en el mismo uso del espacio, encontramos que hay un sentido ideológico que nos hace actuar sin ser conscientes de las condiciones que determinan nuestro hacer. La arquitectura funciona como una forma de engaño e hipnotización que oculta la realidad y a su vez legitima las condiciones de explotación, inequidad y opresión a las que se somete el ser humano; con lo que se evidencia al mismo tiempo, su fracaso en relación a su función social de mejorar las condiciones de vida para “todos”.

BIBLIOGRAFÍA

Cassigoli, Armando y Villagrán, Carlos (1982) *La ideología en los textos I y II*. Marcha editores, 1a. Edición. México D.F.

G. Cortés, José Miguel (2006). *Políticas del espacio: arquitectura, género y control social*. Editorial Actar, Barcelona.

Montaner, Josep y Muxí, Zaida (2011). *Arquitectura y política*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona.

Muxí, Zaida (2004). *La Arquitectura de la Ciudad Global*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona.